

Si esto era cierto, con doble motivo debía Matías ir á ver á hija.

Fué en efecto, y Cristóbal Colon se quedó en la posada aguardando á saber el resultado de aquella entrevista.

Matías llamó á la puerta, y por uno de los escuderos hizo pasar recado á doña Beatriz, anunciándola que acababa de llegar de Santa María de la Rábida, y que deseaba verla.

En aquellos bienaventurados tiempos las damas ilustres madrugaban bastante, lo que quiere decir que doña Beatriz se hallaba en disposicion de recibir al aldeano.

Esta gran señora sabia que su camarista Inés era de la Rábida, y atribuyó desde luego la visita de Matías á alguna negociacion del padre de la jóven.

Por la misma razon quiso recibirle á solas, y mandó al escudero que con las mayores precauciones le introdujese en su estancia y ocultase la venida de aquel hombre á los demás servidores.

Matías Sampayo no tardó en encontrarse delante de una mujer como de veintisiete á veintiocho años, con todo el aspecto de una matrona y la belleza de un ángel.

Vestia un rico traje de brocado.

Las anchas mangas que pendian de sus hombros estaban forradas de blanca y reluciente seda, y sus negros cabellos, caprichosamente adornados con hilos de perlas, contribuian á aumentar los encantos de su rostro.

El aldeano quedó deslumbrado ante aquella mujer, que tanto de extraordinario y de maravilloso ofrecia á sus admirados ojos.

—Me han anunciado que deseais hablarme,—dijo doña Beatriz con voz amable y cariñosa.

—Sí, gran señora,—articuló Matías.

—¿Y habeis llegado de la Rábida?

—Anoche mismo.

—Eso quiere decir que traeis alguna mision para mí de parte de algun vecino vuestro.

—¡Oh! No, señora; cuando salí de allí no esperaba tener la honra de venir á besar vuestras plantas.

—Entonces, ¿con qué objeto habeis venido?

—Permitidme, señora, que os hable con la franqueza de un hombre rudo; pero que vive bajo el peso de una desgracia.

—Habeis despertado mi curiosidad; hablad, hablad; yo soy ahora quien os lo suplica.

—Pues bien, señora; yo soy Matías Sampayo.

—¿Vos?—exclamó doña Beatriz.

—¿Por ventura ha oido vuesa merced alguna vez mi nombre?

—Sí, creo que sí.

—Pues bien; el prior de la Rábida me llamó hace tres dias para confiarme la mision de acompañar á Córdoba á un extranjero á quien estima mucho, y cuya suerte desea labrar. Sólo por esta causa abandoné mi aldea y me puse en camino. ¡Cuán ajeno estaba yo de que el destino me reservaba, al mismo tiempo que la dicha de saber el paradero de una hija

adorada, á quien he perdido hace ya tiempo, el inmenso pesar de saber que esta hija, aunque aparentemente feliz, está labrándose su propia desgracia!

—¿Qué decís?—preguntó vivamente doña Beatriz Enriquez de Córdoba.—Vuestra hija, señor Sampayo, no es desgraciada; es, al contrario, muy dichosa, porque yo estimo en mucho sus prendas, y es mi camarista favorita.

—¿Luego no me han engañado?

—No.

—¿Con que mi hija está aquí?—preguntó Matías, profundamente conmovido.

—¡Ah! No me priveis de la felicidad de abrazarla. Yo la perdono, porque los que sufren mucho saben perdonar; pero mandad que venga.

—No tardareis en verla. Ella os ama también, y hace ya mucho tiempo que su único deseo es implorar vuestro perdón y colmaros de beneficios.

—He sabido la historia de su vida desde que abandonó la aldea; he sabido que á los pocos días de este suceso, consiguió entrar en vuestra casa á servir; pero ¡ay de mí! ¿acaso no sabéis vos, señora, las relaciones criminales, los lazos desdichados que la ligan á uno de vuestros pajes?

—Os han engañado miserablemente,—dijo doña Beatriz.—Beltran, uno de mis mejores servidores, joven aún, valiente, honrado, halló á Inés en poder de unos infames gitanos, que sólo deseaban perderla. Se prendó de su hermosura, y no ocultándome nada, imploró mi protección para ella. Yo la traje á mi la-

do, la empleé en mi servicio, la colmé de distinciones, y á mi lado ha vivido tan honrada como hubiera podido estar al lado de sus padres; Beltran la ama demasiado para querer perderla, y su único anhelo, desde hace mucho tiempo, es que yo les dé mi licencia para unirse y volver á la aldea donde nació á implorar el perdón de sus padres.

—¿Es cierto eso, señora? repetídmelo, ¡por Dios!—dijo Matías, cayendo de rodillas á los pies de doña

—Os lo aseguro.

—¿Con qué podré pagaros tanto favor?

—Perdonando á vuestra hija y bendiciendo su unión con Beltran, cuando los reyes, mis augustos amos, accediendo á mis ruegos, den una espada al paje, y pueda volver victorioso de una campaña á merecer la protección de los soberanos y la mía.

—¡Ah! ¡Por piedad, señora, haced que venga mi hija, que yo pueda estrecharla entre mis brazos! Su madre está muriéndose; la pesadumbre de haberla perdido ha minado su salud; pero en cuanto sepa que vive y es dichosa... ¡Ah, que yo la vea, para poder volar al lado de mi esposa y darle parte de la felicidad que innunda mi alma en este instante!

Doña Beatriz mandó llamar á Inés, y cuando esta se presentó:

—Dios ha escuchado tus deseos,—le dijo;—ahí tienes á tu padre, que te perdona y te bendice.

Inés, sorprendida, miró al aldeano, y bajando los ojos, corrió á echarse en los brazos que el cariñoso padre le tendía.

—¡Hija de mi alma,—exclamó este.

—¡Padre mio!—dijo la jóven llorando de alegría y de felicidad.

Beltran, llamado por doña Beatriz, no tardó en presentarse, y besó humildemente la mano del padre de su amada.

Doña Beatriz gozaba en aquellos momentos, porque tenia un corazon generoso, porque verdaderamente profesaba un fraternal cariño á Beltran y á Inés, y tomaba parte en su ventura.

A aquella escena de expansion siguió otra no ménos interesante.

Inés refirió á su padre cuanto le habia pasado; le preguntó por su madre, por su adorada madre, á quien nunca habia olvidado, y cuando Matías le dió algunas señas de la vieja que le habia informado de su paradero:

—Esa infame mujer es la que me robó de vuestro lado, la que quiso perderme, la que sin dada alguna, al ver que Beltran me libró de sus garras, ha querido tenderme un lazo para apoderarse de mí nuevamente, para vengarse de mi bienhechor.

—Yo te aseguro,—dijo doña Beatriz,—que daré parte á la Santa Hermandad para que la vigile de cerca y se le aplique el castigo que merece.

Tranquilo y satisfecho el bueno de Matías, se acordó de que esperaba su vuelta el viajero, y se despidió precipitadamente de doña Beatriz y de su hija.

—¿Adónde vais?

—El viajero á quien he conducido desde la Rábi-

da me ha tomado tanto afecto, es tan bueno, que al saber lo que me sucedia, aunque ha venido á pretender á la córte, aunque tiene gran interés en presentar cuanto antes las cartas que el prior de Santa María de la Rábida le ha dado para que le atiendan en la córte, se ha quedado en la posada inmediata aguardándome para saber el resultado de esta entrevista, y no lo dude vuesa merced, gozará tanto al saber mi felicidad como si fuera la suya propia, porque además de ser muy sábio, tiene un corazon de los más generosos del mundo.

—¿Y es extranjero?—preguntó doña Beatriz con curiosidad.

—Si, señora; es de Génova.

—¿Y no sabeis cuáles son los deseos que le traen á la córte?

—Entiende mucho de astros, es un gran navegante, y yo no sé qué he oido decir de nuevas tierras que se propone descubrir. ¡Oh! Es un hombre superior. Si vuesa merced le viera y le oyera explicarse. Pero voy, voy con vuestra licencia, porque estará impaciente.

—Si tanto le estimais,—dijo doña Beatriz,—si fray Juan Perez de Marchena le recomienda á la córte, persona de valia debe ser, y podeis indicarle que si en alguna ocasion necesita de mi apoyo, puede contar con cuanto soy y cuanto valgo.

—Gracias, gracias, señora,—dijo Matías, que no sabia cómo agradecer á aquella ilustre dama los beneficios que le habia dispensado.

Colon aguardaba, en efecto, con impaciencia al aldeano.

Cuando supo lo que habia pasado, ardió en vivos deseos de conocer á aquella mujer bondadosa, que desde el dia anterior, y sin poder explicarse la causa, vivia en su pensamiento.

Matías Sampayo repitió las palabras de doña Beatriz, y aun cuando parecian ofrecimiento cortesano, no las olvidó Colon.

Pero le urgía muchísimo presentarse á fray Fernando de Talavera, persona á quien más directamente le habia recomendado el prior de la Rábida, y felicitando á Matías por su ventura, se despidió de él, reiterándole su afecto y los ofrecimientos que anteriormente le habia hecho.

Más tarde conoceremos á fondo el carácter de doña Beatriz y su historia. Tambien sabremos los motivos que la impulsaban á proteger á Beltran y á profesar aquel entrañable cariño á Inés.

Abandonémoslas ahora, lo mismo que á Matías Sampayo, el cual, sin pérdida de tiempo se puso en camino para la aldea, adonde deseaba llegar, con el objeto de comunicar á su esposa y á todo el mundo lo que le habia pasado, y sigamos á nuestra héroe en la nueva peregrinacion que emprendió para conseguir que la corona de España aceptase la rica joya que aspiraba á ofrecerle.

Capítulo XI.

Una carta de recomendacion.

Pobremente vestido; pero revelando, á pesar de su pobreza, la superior inteligencia de que estaba dotado, se encaminó Colon hácia la mezquita, convertida en templo católico, para averiguar dónde vivia fray Fernando de Talavera, superior del monasterio del Prado, confesor de la reina, y que, por lo tanto, acompañaba en todas sus expediciones á la córte.

Martin Carrasco se prestó á acompañarle hasta la iglesia, porque conocia todas las calles y encrucijadas de la ciudad, y podia dispensarle aquel favor.

Pero una vez delante del átrio de la antigua mezquita, vió á varios compañeros, y se separó de Colon para ir con ellos á hablar de sus batallas pasadas y de sus belicosas esperanzas futuras.

Colon preguntó á unos acólitos que habia en el átrio dónde podria encontrar á fray Fernando de Ta-